

El esperado viaje a la nieve había llegado y todos cargados con nuestras maletas, repletas de ropa y con ganas de volver a ver la nieve, no podían esperar más.

Lo primero que se nos pasó por la cabeza fue si había que caminar mucho cada día para llegar a las pistas, tuvimos suerte y el hotel estaba al lado de las pistas.

El hotel cubría todas nuestras necesidades, desde la tele hasta la piscina climatizada, ¿qué más se podía pedir? Los turnos de comida eran ideales para nosotros, ni muy tarde para no tener que pasar hambre ni muy pronto para poder descansar.

En las pistas no pasabas mucho frío, más bien te cocías un poco, a causa de los cielos despejados que encontrábamos nada más llegar por la mañana, pero eso sí, las pistas increíbles. Podías esquiar antes de las clases de esquí o quedarte sentado en el bar viendo como el resto de colegios se caía por las pistas.

Por las tardes, después de comer, también tenías la oportunidad de esquiar o descansar pero no podías quedarte en el hotel, todos debíamos ir a las pistas.

Como cada viaje, la vuelta fue lo peor, y es que ya se sabe: cuando uno se lo pasa bien, el tiempo pasa volando...

SILVIA PÉREZ RAMÓN, 3ºA